

ZANTWIJK, R. A. M. VAN. *Servants of the Saints: the Social and Cultural Identity of a Tarascan Community in Mexico*. Assen, Netherlands: Royal Van Gorcum Ltd. 1967. xi + 303 pp. 5 mapas, 16 ilustraciones, 3 apéndices y bibliografía.

En reciente reseña de *Regiones de Refugio*, por Aguirre Beltrán, decía Zantwijk "estoy convencido de que una reseña, por bueno que sea el libro, forzosamente ha de ser algo más que un elogio, para que no pierda su carácter de reseña". Con el mismo espíritu, trato de juzgar la presente obra en la cual encuentro una mezcla de lo bueno y lo confuso. Este libro, que apareció antes en holandés (1965), es el primer estudio detallado de la estructura social, y de la vida en general, de un pueblo tarasco conservador (considero al libro de Beals sobre *Cherán* como el estudio de un pueblo mucho más moderno y mestizo). Por eso, resulta una contribución de suma importancia para el conocimiento de la vida indígena de México.

Las investigaciones de campo se efectuaron en 1960-1963, cuando el autor era profesor en el CREFAL, Pátzcuaro. Durante este periodo contó en varias épocas, con la ayuda de 11 estudiantes. Desgraciadamente, a causa de sus obligaciones docentes, sólo pudo visitar el pueblo durante una parte de cada semana. Quizá por no vivir en la localidad nunca llegó a dominar el idioma tarasco (a diferencia de su total conocimiento del náhuatl), hecho que a veces contribuye a cierta falta de claridad. Al empezar su estudio, tuvo el propósito de descubrir las causas de la oposición pasiva de los Ihuatzeños a los programas de desarrollo del CREFAL. Sin embargo, como pasa con frecuencia con los antropólogos ya metidos en una cultura exótica, su orientación cambió por completo, resultando así en una obra que, a pesar de un capítulo final sobre el desarrollo, es netamente teórica en su forma.

Después de una introducción general, empieza con el estudio detallado del fondo histórico y cultural de los tarascos del lago de Pátzcuaro. El autor tiene un dominio sobresaliente de las fuentes históricas, y este capítulo es quizá el mejor de todos. Después, pasa a describir los elementos en la estructura social, el sistema de mayordomías (con sus cargueros y principales) y la vida religiosa. En estos capítulos empezamos a tropezar con una presentación francamente

confusa, marcada por una falta de orden. Por ejemplo, en la primera página del capítulo 3, se dice que todo Ihuatzeño pertenece a cinco grupos sociales: la familia conyugal, la familia extendida, el linaje, la *wapánekwá* y el barrio. Esperábamos que seguiría una descripción de tales grupos, pero lo que encontramos es una serie modificada: la casa ("household"), el linaje, el compadrazgo, la organización por edades ("age-groupings"), la *wapánekwá*, los barrios, los grupos basados en ocupaciones, las sociedades religiosas de mujeres y los grupos políticos. Además, no parece en realidad que el concepto de linaje sea válido, puesto que no hay jefes de linajes, y los linajes no son exógamos.

Una fuente de enorme confusión en todo el libro es la mezcla inexplicable, y la falta de consistencia, de ortografías. Aunque el libro está lleno de palabras tarascas, nunca explica Van Zantwijk los valores de los símbolos fonéticos que usa; además, estos símbolos tienen poca relación con los sistemas comúnmente usados por lingüistas. Por ejemplo, la comilla generalmente indica el cierre glotal; Van Zantwijk utiliza mucho este símbolo pero el tarasco no tiene el cierre glotal. Con la excepción de "-o", las vocales finales en tarasco se pronuncian sin voz ("whispered"). A veces nuestro autor hace uso de la comilla para indicar una vocal final sin voz, pero en otras ocasiones, en el mismo contexto, no lo hace; por ejemplo, en *wandárich'* (fonéticamentečA), "los que hablan". Pero, en contraste, en *wapánekwécha* (fonéticamente *wapánekwéčA*) escribe la palabra como si la "a" final tuviera voz. En ambos casos se trata de un morfema plural final, —čA, que debe escribirse según un solo sistema fonético. Cuando el autor usa la comilla dentro de una palabra (p. e., *katá'rákwá*), nadie puede adivinar de qué se trata. En *Orénarikwa* (fonéticamente *orenarikwA*) la "r" es lo mismo en ambos casos, una "r" retriflexiva, a pesar de que el autor sugiere que se trata de dos "r's" distintas.

Por lo que hace a las palabras españolas, notamos una confusión semejante. ¿Por qué, por ejemplo, escribir alférez, sargento y capitán con su ortografía española normal, pero usar *tipudádox* en lugar de diputados? ¿Por qué *Hefe*, *Sekretario*, y *Katrin'*? ¿Y *wakérox* (crealo o no, vaqueros)? Y que hace uno de:

será muy xierto, mare
ke somos naturalitas

Van Zantwijk quiere convencerse de que la cultura tarasca de Ihuatzio es casi 100% indígena, con solo un barniz español y, en su afán de mantener esa ilusión, atribuye al mundo indígena elementos netamente españoles. Por ejemplo, todas las fiestas son claramente españolas, y sin embargo, al describir una fiesta que cayó el 16 de

junio, no advierte al lector que se trata del Corpus, y que las actividades de los pescadores son las que se encuentran en todo el lago cuando se celebra esta fiesta con fecha movable. Además, vale notar que la relación entre el Corpus y las ocupaciones es algo que en España remota a la Edad Media. Los hombres más importantes en la fiesta principal del año son el ¡Moro Capitán y el Soldado Capitán! Difícil sería escoger símbolos más españoles, y más extendidos no sólo en México sino en toda América Latina, incluso el Brasil. Van Zantwijk explica esa introducción diciendo que los sacerdotes coloniales posiblemente querían presentar una nueva interpretación de un ritual indígena (¿cuál ritual?) por medio de la batalla tradicional de moros y cristianos.

El hecho es que la llamada escalera político-religiosa de Ihuatzio, que para Van Zantwijk es un sistema tarasco, sigue básicamente el patrón que encontramos en todo México. Claro que en cada comunidad esa escalera, introducida por los primeros frailes, sufrió algunas modificaciones, según la base indígena local; pero el reconocer interpretaciones locales no debe llevarnos a la conclusión de que estamos tratando de cosas esencialmente indígenas. Por eso no puedo aceptar la conclusión del autor en el sentido de que "Las ideas religiosas indígenas todavía son muy fuertes, llenan los corazones de esos tarascos, y dejan muy poco lugar para el cristianismo" (p. 177).

A mí me parece que Van Zantwijk es, realmente, un indigenista que no acepta el movimiento del indigenismo actual. Ve todo lo bueno en la cultura indígena, y lo malo en la cultura mestiza (p.e., véase p. 255). Quiere mantener la cultura tarasca, en todo lo posible, tal como es, a pesar de reconocer que la resistencia a programas gubernamentales de desarrollo se debe sobre todo a los principales, que ejercen un control autocrático que no quieren perder, un control que apenas hace juego con el ideal actual del derecho de cada individuo de escoger libremente, y por sí mismo, su camino (p. 244). Van Zantwijk critica frecuentemente a los Ihuatzeños por tratar de engañarlo, por esconder la verdad, y por decirle mentiras, hasta tal punto que tengo la impresión de que es indigenista en cuanto a la *cultura indígena*, pero no al *ser humano indígena*. Es decir, parece amar más a la cultura que a la gente misma. Critica duramente a Alfonso Caso y su política indigenista, e igualmente dura es la crítica a Charles Erasmus, diciendo que es un neo-evolucionista quien se coloca al servicio del imperialismo cultural (p. 251). En ambos casos, en mi opinión, es una crítica innecesaria.

Como verá el lector encuentro en este libro puntos excelentes, además de otros muy discutibles. Sobre el mismo habrá, seguramente, mucha controversia. Por desgracia, es un libro extraordinariamente confuso en su presentación, hecho que hará muy difícil hacerse un juicio exacto. Esperamos que el autor, perfecto conocedor del espa-

ñol, haga una traducción a dicho idioma para que los lectores de habla hispana tengan la oportunidad de formar sus propias opiniones. Enfrentarse con el texto inglés será para ellos una tarea enorme, y posiblemente de poco provecho.

Universidad de California, Berkeley

GEORGE M. FOSTER